



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11088

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 23 DE AGOSTO DE 1878

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorente rue Cassmartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA PREPARATORIA MILITAR

JARA, 1, PRINCIPAL

á cargo de los capitanes de Ingenieros y de Artillería DON SALVADOR NAVARRO Y DON FULGENCIO QUETCUTI

Preparación para todas las carreras del Ejército y Armada

Esta Academia ha ingresado desde su fundación ó sea en 2 años, los alumnos siguientes:

Infantería	Artillería	Ingenieros
D. Joaquín García.	D. Genaro Pérez Conesa.	D. Enrique Rolandi.
• José Chacón.	• Francisco Barceló.	
• José Gimeno.	• Juan Izquierdo.	
• José Córdoba López.		
	Infantería de Marina	
	D. Carlos Coll.	

Clases especiales para la convocatoria de Noviembre. Detalles y reglamentos de 8 á 12 en la Academia.

¿SABREMOS ALGO?

La atención pública está fija ahora en Filipinas. Allí está el nudo del presente conflicto, que habra que desatarlo ó cortarlo de golpe, según quieran los yanquis. En eso, que tanto nos importa, no entramos ni salimos; nuestra voluntad de nada vale y el derecho, que es el único apoyo que nos queda, ya sabemos que no supone nada para quien dispone de la fuerza.

Casi cuatro meses ha permanecido incomunicada Manila con España, sin que en ese tiempo se hayan recibido en la península más que noticias incompletas, verdaderas las unas, falsas las otras, oficiales algunas, procedentes las más de origen yanqui y las menos de origen español.

La dificultad de las comunicaciones ha tenido á aquella región en el misterio, sin que de ella se sepa otra cosa que desastres, matanzas y horrores en tal número y grado, que ahora nos extraña que hayan entrado en la capitulación los millares de soldados que han depuesto las armas.

Si recopiláramos las cartas que

han llegado de Manila, dando cuenta de derrotas y combates, y sumáramos los muertos que nos han hecho los tagalos y los prisioneros que nos han cogido, resultaría una cifra muy superior á la que representa nuestro ejército en la capital de Filipinas.

Restablecida ya la comunicación y pudiendo hacer uso del cable las autoridades y particularmente, el misterio deja su sitio á la realidad y la verdad de lo ocurrido se abrirá paso para que el gobierno y el país puedan saber la historia toda de lo que ha pasado en estos últimos cuatro meses.

El alzamiento de los tagalos por lo que ellos llaman incumplimiento de las promesas que les hizo el general Primo de Rivera, cuando era éste capitán general de Filipinas; el crecimiento de la insurrección hasta invadir la isla toda; el cerco puesto á la capital, con su prólogo de combates parciales en Malabón, en las Piñas y el Zapote; la retirada de nuestras fuerzas ante las superiores en número del feroz y vanidoso cabecilla que ha reunido alrededor de su persona millares de combatientes fanatizados por el dios éxito; los ataques diarios á las trincheras españolas, tomadas una á una á

costa de ríos de sangre, pero tomadas al fin; las sangrientas luchas sostenidas para abrir camino no hacia Manila á los defensores de la patria que quedaban aislados en medio de la revolución triunfante; el asalto dado por los yanquis y la rendición de Manila que tan pequeño sacrificio ha costado al ejército de la Unión Americana, todo eso va á saberse, pues ya funciona el cable, si es que ahora que Dewey no tiene interés en que circulen las noticias, no le sustituya la censura telegráfica española poniendo el veto á lo que se desea conocer.

Vengan ó no las noticias que se esperan ó se rectifique ó no cuanto se ha dicho antes de ahora, no podrá rectificarse una cosa que está en la conciencia de todo el mundo: que el ejército español de Filipinas se ha batido como un héroe y ha merecido bien de la patria.

TIJERETAZOS

Algunos periódicos europeos nos toman el pelo de la manera más desocada del mundo.

Varios llegan á decir que no es España una nación guerrera.

Y sin embargo hemos hecho lo que no hace nadie.

Derramar á torrentes la sangre y gastar sin dolor el dinero por conservar cosas que nada producen.

Así ha conservado el honor en medio de su tremenda caída el hidalgo manchego.

Tomando la cuestión por otro lado, no tiene explicación lo que la prensa europea dice de nosotros.

Mientras estuvimos enredados en la lucha, nos aconsejaban esos distinguidos periodistas que ahora cortan leña del árbol caído, que hiciéramos la paz, porque el comercio del mundo se perjudicaba mucho con la guerra.

Y cuando hemos hecho lo que apetecían se rien de nosotros.

Poco á poco, señores.

España puede señalar caídas más estreptosas que la suya, aunque no de tan tristes resultados.

Y no vale señalar.

Lo que sí tiene derecho á censurar Europa es la política de aislamiento en que hemos vivido tantos años; pero de eso no tiene la culpa el pueblo español, que en tantas ocasiones ha puesto de relieve con quien estaban sus simpatías.

Hemos vivido á lo egoísta, por nosotros y para nosotros, y en los momentos del peligro y la caída no hemos tenido á quien volver la mirada.

Es verdad que hasta los más arrogantes estaban amilanados temiendo que saliera el coco.

¿Cómo denunciarán los periodistas que nos censuran á esa actitud tan parecida al miedo en que ha permanecido Europa viendo impasible al pueblo americano hacer mangas y capirotes con el derecho de gentes?

¿Prudencia?

Pase la palabra, pero no es esa la que cuadra.

Es necesario que los que dirigen á España se enteren de lo que dice Europa. Ellos se enterarán si son patriotas y volverán por la fama de este pueblo, que no ha perdido el valor, como se dice por ahí, sino la sensiblería.

ELOGIOS NACIONALES

Héroe defensor de Tortellá. 24 de Agosto de 1873.

La guerra carlista atravesaba en Cataluña aquel período de gravedad á que dió motivo la entrada de D. Carlos en España, por un lado, y los actos de indisciplina que se registraron en el ejército liberal en 1873, por otro.

Los del Pretendiente campaban por sus respetos en la mayor parte del Principado: rendían destacamentos, copaban columnas enteras, y entraban y salían en las poblaciones sin que nadie les molestara, bien porque las hubieran abandonado sus guarniciones, bien por que estas capitularan en cuanto ellos se presentaban, llegando tal estado de cosas hasta el extremo de que el elemento

civil veía con indiferencia tantos desastres.

Sin embargo, hubo excepciones, pueblos que daban numerosos voluntarios á las tropas republicanas, y que además organizaban defensas, contra las cuales se estrechaba todo el poder del carlismo, conducta que les hacía blanco de las iras del enemigo.

Entre las poblaciones que tal conducta observaban contábase Tortellá, y por este motivo en cuanto los carlistas tuvieron ocasión cayeron sobre ella para castigarla.

Con 2000 infantes, 100 ginetes y tres piezas de montaña dirigidos D. Alfonso, el hermano de D. Carlos, desde Prats de Llusanés á Tortellá, llegado á este punto en la tarde del 21 de Agosto de 1873, en ocasión que sólo se hallaban en el pueblo 40 voluntarios de los 80 que la guarnecían, lo que no fué motivo para que aquellos dejaran de prestar á la defensa, conducta limitada por todos los vecinos que podían empuñar un arma ó coadyuvar en cualquiera otra forma á la empresa de resistir á los carlistas.

Estos atacaron por distintos puntos á Tortellá, viéndose desahucados y castigados duramente por el morriero y nutrido fuego que les hacían desde las barricadas que obstruían las entradas del pueblo, exasperando de tal modo á don Alfonso tan tenaz defensor, que mandó incendiar varias casas, y como el fuego se comunicara á casi todas las que componían la población, los bravos defensores se refugiaron en la iglesia, y desde esta y las ruinas que se levantaban continuaron batidos heroicamente oponiendo una resistencia valerosa que tuvo siempre á raya á sus enemigos, manteniéndose en tal situación, sin que cayeran ni un ápice sus valerosos escipitras, durante 48 horas, al cabo de las cuales los carlistas tuvieron que retirarse, porque la columna del coronel Don Julián Udaeta, primer jefe del regimiento de Toledo, les atacó por retaguardia.

En la mañana del día 24, al evacuar las tropas y el vecindario á Tortellá, hubo un ligero tiroteo; pero los carlistas, no obstante su superioridad numérica, no se atrevieron á empeñar combate; tan duro escarmiento recibieron de voluntarios y paisanos.

MARCE RODRIGO.

(Prohibida la reproducción).

na, elevada por el talento, por la educación, por la costumbre de las grandes cosas.

Era, preciso será confesarlo, una mujer cuyo pasado no la favorecía; una mujer de la cual se contaban aventuras galantes; un alma avara de sensaciones que todo lo había sacrificado á las sensaciones; pero cansada ya, desengañada, aunque no vencida.

Ana María de la Tremolite, elegida por la Maintenon para camarera de la joven Luisa de Saboya, elegida como una hechura con cuyo agradecimiento se cuenta para servirse de ella, había sido destinada como espía de las acciones de los jóvenes reyes de España, como instigadora de su conducta política, como un ser subordinado, sin voluntad á los preceptos de la corte de Versalles.

La Maintenon sabía que la princesa de los Ursinos estaba dotada de un gran talento, de una inteligencia viva, de una actividad maravillosa; la creía llena de ambición pero de una ambición de oro, que la permitiese vivir con arreglo á sus inclinaciones, de una manera independiente.

La Maintenon vió, equivocándose, en Ana María de la Tremolite un instrumento que se vendía por oro, y se engañó.

La princesa de los Ursinos era ambiciosa; pero su

quierda de la princesa; que aquellas dos manos palpitaban, se acariciaban, se prometían, enloquecían, ponían en contacto el alma de Felipe V con el alma de la princesa de los Ursinos.

Aquellas dos manos estaban ocultas por el redingot del rey y por el ancho abrigo de la princesa. Mr. Amelot sospechaba, pero no veía.

A Mr. Amelot no se le ocultaba la gran influencia que Ana María de la Tremolite ejercía sobre Felipe V: no lo ignoraba tampoco Luis XIV; y esta era la razón de que la princesa de los Ursinos, llamada á Versalles por los malévolos informes del cardenal de Etrés y del padre D'Aubenton, hubiese sido enviada de nuevo á la corte de España.

Ana María de la Tremolite, á pesar de sus sesenta años, era una de esas mujeres que no pueden dejar de ser amadas.

Había algo marroto de su hermosura, pero como efecto de lo impresionable, de lo volcánico del corazón, más que por efecto de los años.

Era una de esas bellezas irresistibles que se insinúan, que se apoderan lentamente, pero de una manera segura, del alma con la cual se ponen en contacto por una razón de simpatía.

Era una beldad sencilla, lánguida, poética, dig-

—¡Ahí mandaremos hacer una información, y si la provocación resulta, castigaremos severamente á los guardias y absolveremos al gitano.

—Gracias, señor, dijo la princesa.

Mr. Amelot dijo para sí, escribiendo en su memoria lo que acababa de oír:

—Mucho debe temer la princesa á ese gitano, cuando se olvida de que ha malherido al joven guardia D. Juan de Santivañas: aquí hay un misterio que es necesario penetrar.

El coche se detuvo en aquel momento para mudar de tiro y de escolta, y poco después seguía avanzando rápidamente hacia Madrid.